

no en la misma obediencia; no paró aquí su sumisión; fué vestido con las insignias reales al lado de Inocencio, en la basílica de San Pedro; depuso allí la corona y el cetro, y entregó su reino al príncipe de los apóstoles, después de lo cual lo recibió en feudo de manos del soberano pontífice. Pedro de Aragón puso sobre el altar una carta en que decía: "Creyendo sinceramente que el papa es el vicario de Aquel que da los reinos y por el cual reinan los reyes, y deseando colocarme bajo la protección de San Pedro, ofrezco mi reino á Inocencio, y por él á la Iglesia romana, y le hago tributario á perpetuidad de él y de sus sucesores (1).

El homenaje de Pedro de Aragón y la coronación del príncipe de los Búlgaros son la expresión del mismo pensamiento: que el papa, como vicario de Dios, tiene el imperio sobre los reinos así como sobre las almas. Si esta doctrina fuese la expresión de la verdad revelada, como Inocencio creía, puesto que la fundaba en la Sagrada Escritura, el papa debería ser el soberano de todos los reyes. Diríase que los príncipes tomaban en serio la pretensión del papado, viendo al rey de Inglaterra declararse vasallo del papa, mientras que el de Portugal, que comenzó reivindicando la independencia de la corona negándose á pagar un cánon prometido por su padre y atreviéndose á poner la mano sobre el obispo de Oporto y á despojar á la Iglesia, no teniendo fuerza para luchar con Inocencio, acabó por pagar el censo y poner su reino bajo la protección de la santa sede. También otros soberanos, el príncipe de Dalmacia, los reyes de Bohemia y Hungría, buscaron el apoyo de la omnipotencia pontificia (2).

Inocencio parece ser el jefe espiritual y temporal de la cristiandad; el imperio no es más que una vana sombra. Los reyes se dirigen al papa, y no al emperador, hasta para los negocios temporales; no es ya el heredero de César, sino el sucesor de los apóstoles quien hace reyes; no puede disputarse la consideración ó influencia universal de Inocencio; pero también es cierto que la dominación del papa tiene enemigos mortales aún en aquellos mismos que reclaman su intervención; cuando un príncipe tiene fuerza para mantener su independencia, jamás quiere obtener la corona de un soberano. Hay un

(1) *Gesta Innocent.*, c. CXX, CXXI.

(2) Véanse los testimonios en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 102.

poder irresistible en la idea de la soberanía; en vano exige Inocencio al coronar á los reyes un juramento de vasallaje; la corona emancipa; el príncipe de los Búlgaros había usurpado el trono, y pidió la protección de la santa sede para tener apoyo contra sus enemigos; pero apenas fué coronado hizo ya sus reservas, y creyó tener libertad de acción para sus proyectos de engrandecimiento, viendo en el papa un aliado, pero no un señor (1). En cuanto al rey de Aragón, hizo su viaje á Roma por ambición y no por respeto al pontificado, esperando que la consagración del soberano pontífice le diera autoridad sobre lo grande de su reino; pero no consiguió sino hacer á sus vasallos más turbulentos; el orgullo español se sublevó contra el yugo extranjero, y el mismo rey mostrósé vasallo poco obediente, dando lugar á que el papa le recordase el respeto á la Iglesia y su juramento de fidelidad; pero esto no impidió que Pedro de Aragón combatiere en la fila de los Albigenses contra el ejército pontificio. No siempre hallaban las armas espirituales de la santa sede terreno favorable; en vano ordenó Inocencio al rey de Hungría que partiese para la cruzada, á que se había comprometido, pues la excomunión, acompañada de la amenaza de deposición, no produjo efecto alguno en el ánimo del príncipe (2).

N.º 2.—Inocencio y el imperio.

I.

La debilidad de Inocencio con respecto á los reyes á quienes parece dominar sobresale principalmente en sus relaciones con el imperio de Alemania, que era como una creación de los papas; el emperador, armado con la espada temporal, debía ser el protector de la Iglesia y el defensor de la santa sede. Carlo-Magno y Oton cumplieron estos deberes; pero la independencia de los soberanos pontífices padeció: el llamado á proteger fácilmente se convierte en señor. Había en la concepción del imperio cristiano una contradicción que debía conducir á una lucha mortal. Jefe de la cristiandad, el emperador se decía señor del mundo, sucesor de los Césares y soberano de los reyes; después de

(1) INNOCENT., *Epist.*, VIII, 9. "Non attendens quod Ecclesie pluribus de causis fidelitate teneris adstrictus, et cui debere esse devotus, te in omnibus inde votum ostendas."

(2) INNOCENT., *Epist.*, I, 10.

esto, ¿podía consentir en no ser más que un instrumento, un arma del pontificado? Los emperadores se prestaban bien á ser los protectores de la Iglesia, pero ejerciendo los derechos de Carlo-Magno y Oton; los papas que sucedieron á Gregorio VII no querían ya ser subordinados, porque, siendo órganos de Dios, tenían la ambición de dominar sobre los reyes. ¿Cómo conciliar estas pretensiones inconciliables?

Los derechos del imperio encontraron en los Hohenstaufen una raza nacida para hacerlos valer. Federico Barbaroja luchó toda su vida contra el espíritu de libertad de las ciudades lombardas, que arruinaban el poder imperial en su principio, y contra las pretensiones del papado, que tendían á convertir al señor de la ciudad y del mundo en vasallo del papa; él sucumbió; pero tampoco el papado salió victorioso de la lucha, porque, aunque hubiese vencido al emperador, subsistía el imperio, y con él el peligro de nuevos combates, en los cuales la fortuna ó el genio podían dar la victoria al rey de Alemania. El hijo de Federico no tenía las cualidades de su padre; pero la fuerza en manos de un príncipe joven, emprendedor, temerario é implacable, estuvo á punto de ser fatal á la santa sede. Durante el reinado de Enrique VI, el pontificado quedó casi anulado; el emperador se apoderó del reino de Sicilia y se negó á rendir homenaje al papa; dispuso como señor del patrimonio de San Pedro, y el soberano pontífice es encerrado en Roma como en una prisión, quedando aislado de la cristiandad; se prohíbe á clérigos y laicos dirigirse á la Iglesia romana y apelar á Roma; y los fieles que iban á consultar al vicario de San Pedro eran colmados de ultrajes, despojados y cargados de cadenas. El emperador disponía de los obispados; y ¡desgraciados los clérigos y los obispos que se atreviesen á disputarle sus derechos! Se los golpeaba, se los mutilaba, se los torturaba, se los arrojaba al mar ó perecían en las llamas (1), ¡y entre tanto el papa permanecía mudo! ¡La santa sede no fulminaba sus rayos!

La prematura muerte de Enrique VI, la minoría de Federico II y el advenimiento de Inocencio III cambiaron súbitamente el estado de la cristian-

dad. Todo favoreció al papa; los príncipes alemanes se dividieron, escogiendo unos por rey al hermano de Enrique VI y otros á un príncipe de la casa de Sajonia; las simpatías del papa no podían ser dudosas; después del reinado de Enrique, no podía consentir en colocar la corona imperial en la cabeza de un Hohenstaufen; sin embargo, Inocencio, político consumado, dejó por de pronto que los dos partidos lucháran; así debilitaría el imperio con sus disensiones, el imperio que era enemigo del pontificado (1). ¿Para qué había de intervenir Inocencio en la lucha si sabía que los dos pretendientes habían de verse forzados á implorar su apoyo? Cuando esto llegase, entonces el soberano pontífice podría decidir y rechazar á Felipe de Suabia, porque era Hohenstaufen. En un acta de acusación recuerda todo el mal que aquella raza maldita ha hecho á la Iglesia: "Felipe es un perseguidor nacido de una familia de perseguidores. Enrique V, primer príncipe de la casa de Suabia que llegó al imperio, se apoderó por medio de la violencia y la perfidia de Pascual y sus cardenales, y arrancó al papa privilegios contrarios á los derechos de la Iglesia. Cuando Pascual, libre de sus cadenas, revocó sus concesiones, el emperador creó un antipapa, que dió lugar al largo cisma que duró hasta Calixto II. Federico Barbaroja hizo grandes promesas á Adriano, que le coronó: sabido es de qué manera las cumplió, respondiendo á las reprensiones de Alejandro III: "Si no estuviéramos en una iglesia, ya sabrías cómo hieren las espadas de los Alemanes." Enrique, su hijo, comenzó á reinar atacando á mano armada el patrimonio de San Pedro y no cesando de maltratar al clero. Felipe siguió sus huellas, tomando el título de duque de Toscana y de Campania y usurpando los bienes de San Pedro hasta las puertas de Roma. "Elevarle al imperio sería dar armas á un furioso contra nosotros, equivaldría á poner en sus manos la espada contra nuestra cabeza; aún cuando fuese tan inocente como un niño recién nacido, deberíamos rechazarle; la raza de los Hohenstaufen ha colmado la medida, y el día de la venganza se aproxima; la sagrada Escritura nos enseña que los hijos pagan las culpas de los padres hasta la tercera

(1) El poeta contemporáneo WALTHER VON DER VOGELWEIDE acusa al papa de doblez; ha engañado á los dos pretendientes:

•Ze Rome horte ich liegen.

(Von der Hagen, *Minnesinger*, t. I, p. 224, núm. 2).

y cuarta generacion,, (1). Inocencio profetizaba las desgracias de la casa de Suabia: el último vástago perdió la cabeza en un cadalso; nosotros no diremos con el papa que fué por expiar las faltas de sus padres: Dios sólo sabe por qué aquel que es inocente á los ojos de los hombres sufre aparentemente el castigo de culpas que no ha cometido y por las cuales no debe ser castigado, diga lo que quiera la Sagrada Escritura.

II.

Inocencio esperaba encontrar en Oton un rey á medida de su deseo; descendiendo por su madre de los reyes de Inglaterra y por su padre de los duques de Sajonia, todos los cuales se habían mostrado adictos á la Iglesia, el papa le llamó al trono: "Por la autoridad que nos ha sido dada en la persona de San Pedro, Nós te recibimos por rey y mandamos que en adelante se te rinda por este concepto respeto y obediencia., Inocencio escribió al mismo tiempo á los grandes laicos y eclesiásticos, explicándoles las razones que le habían decidido en favor de Oton y exhortándoles á obedecerle. En cuanto á los juramentos que hubiesen prestado á otro que á Oton, prometió poner á cubierto su reputacion y su conciencia (2). ¿Qué acogida hicieron los principes alemanes á este acto de autoridad? ¿Se apresuraron, como en tiempos de Gregorio VII, á ejecutar las órdenes del soberano pontífice? Los numerosos partidarios de los Hohenstaufen, entre ellos obispos, protestaron de la decision de Inocencio, negándole el derecho de intervenir en la eleccion de los reyes: "La razon no puede comprender, dicen, ni la simple fe puede creer que el trastorno de todo derecho parta de la sede de la justicia... ¿Dónde habeis leído vos, papa, dónde habeis leído vosotros, cardenales, que vuestros predecesores se hayan mezclado nunca en la eleccion de algun emperador romano, que hayan sido electores ni juzgado de la validez de la eleccion? Responded si podeis; por el contrario, era un privilegio de la corona imperial que la eleccion del papa se hiciese con el consentimiento del emperador; los emperadores han renunciado este derecho por respeto á la Iglesia; y si los laicos, en

(1) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii, Epist. XXIX.*(2) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii, Epist. XXIX, XXXII, XXXIII.*

su sencillez, abandonan un derecho que les pertenece, ¿cómo puede Su Santidad apoderarse de un bien que jamas le ha pertenecido?... Cuando una eleccion es dudosa, no hay juez superior cuya sentencia pueda decidir; sólo los principes son aptos para elegir un rey; Jesucristo, el Hombre-Dios, ha separado los dos poderes, asignándoles diferente mision: aquel que sirve á Dios no debe mezclarse en asuntos temporales, así como no debe presidir las cosas divinas el que está encargado de los negocios temporales,, (1).

Esta enérgica protesta atacaba al poder temporal del papado en su fundamento; los principes provocaban á Inocencio á responder si podía; pero ¿cómo confesar pretensiones que, una vez expresadas, habian de tener tantos enemigos como principes? El papa, legista eminente, salió del apuro con sutilezas: "Léjos de Nós disputaros el derecho que os pertenece de elegir vuestro rey; pero ¿de dónde os proviene este derecho? ¿No es la Iglesia romana la que desde el tiempo de Carlo-Magno transfirió el imperio de los Griegos á los Germanos? Ahora bien, si corresponde á ella consagrar al elegido, debeis reconocer tambien que tenemos el derecho de examinar su persona; porque es regla general que el exámen de la persona corresponde á aquel que impone las manos al elegido en la consagracion; si los principes eligiesen, aun por unanimidad, á un sacrilego, un excomulgado, un insensato, un hereje ó un pagano, ¿estaríamos obligados á coronarle?... Nuestro legado no ha desempeñado ni el oficio de elector ni el de juez; no ha elegido ni ha hecho elegir persona; ha denunciado solamente al principe de Suabia como indigno del imperio, y ha declarado cuál es el principe digno de la corona imperial. Estando los electores divididos, Nós hemos debido intervenir, porque la santa sede no puede quedar sin defensor, ni la Iglesia debe padecer con la division de los laicos,, (2).

Estas argucias de legistas no engañaron á nadie. "Se acabó la libertad de Alemania, dice Felipe de Suabia, si el emperador no puede ser elegido sin consentimiento del soberano pontífice,, (3). En efecto, á esto conducian las pretensiones de Inocencio, que gozaron poco favor en Alemania; hasta los obispos se negaron á escuchar la voz del

(1) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii, Epist. LXI.*(2) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii, Epist. LXII.*(3) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii, Epist. LXI.*

jefe de la cristiandad; el mismo legado del papa confiesa que si los eclesiásticos hubiesen seguido el partido de Oton, éste habria triunfado (1). Era tan viva la oposicion contra la santa sede, que los principes estaban dispuestos á elegir un tercer emperador en odio á la Iglesia de Roma (2). Inocencio lanzó la excomunion contra los que siguieran el partido del duque de Suabia; pero los rayos de la santa sede fueron impotentes; los obispos permanecieron fieles á los Hohenstaufen y continuaron sus funciones religiosas como si no hubiese excomunion. Vióse á algunos prelados prender á los mensajeros del papa, y otros acentuaron su desobediencia rindiendo á Felipe de Suabia los honores debidos á un rey legítimo (3). Inocencio entonces exclamaba en su dolor: "¡Las llaves de San Pedro son despreciadas!,, (4).

Los obispos se guiaban más bien por su interes político que por la voluntad del papa. Los Hohenstaufen tenían profundas raíces en Alemania y aun el apoyo del rey de Francia. El derecho que el papa se abrogaba de imponer un jefe á Alemania comprometia la independencia de la majestad real como la del imperio. Felipe Augusto hizo escuchar á Inocencio palabras severas y casi amenazantes: "Es una injuria para nosotros, dijo, es una injuria para todos los principes; hemos sufrido con paciencia muchas cosas, pero estamos dispuestos á no sufrir jamas una usurpacion que lastima nuestro honor y hiere la dignidad de nuestra corona; si persistis en vuestros designios, tomaremos por nuestra parte las medidas que nuestro interes y las circunstancias exijan,, (5). Inocencio quedó quebrantado por la universal oposicion que su protegido encontró; y viéndole abandonado por los principes laicos y eclesiásticos, entró en negociaciones con Felipe de Suabia; y aun se hubiera visto obligado á coronar al mismo que excomulgó, si el asesinato de Felipe no le hubiese

(1) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii, Epist. XXXI (Episcopi Praenestini ad dominum Papam):* "Istud pro certo scientes, quia si ecclesiastici principes Domino regi Ottoni a principio fideliter adhaerissent, vel adhuc eidem vellent viribus et animis adhaerere, nulla vel modica esset difficultas in ipsius progressu negotii."(2) "In odium Romanæ Ecclesiae." INNOC., *Registr. de negot. Imperii, Epist. LI.*(3) HURTER, *Innocent. III, t. I, p. 408* (de la traduccion).(4) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii, Epist. LXXX:* "Cum multi archiepiscoporum et episcoporum fidem non teneant, iuramenta non servant et despiciant Petri claves."(5) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii, Epist. LXIII.*

sacado de aquella embarazosa situacion (1), lo cual fué una buena fortuna para Inocencio, que creyó haber logrado el fin perseguido por los papas desde Gregorio VII; es decir, la union íntima de la Iglesia y del imperio por la entera subordinacion del emperador al papa; en la efusion de su alegría escribió á Oton: "Bendito sea Dios, cuya inefable misericordia ha sastisfecho nuestros designios para honra y bien, tanto de la Iglesia como del imperio y toda la cristiandad... Ved, nuestro muy querido hijo, nuestra alma está tan unida á la tuya y nuestro corazon de tal manera fundido en tu corazon, que creemos querer y sentir la misma cosa, como si no fuésemos más que una sola alma y un solo corazon. ¿Qué ventajas han de resultar de esta union? No podría describirlas la pluma, ni expresarlas la lengua, ni concebirlas la inteligencia; porque á entrambos nos está confiada la suprema direccion del mundo; si estamos de acuerdo y si nos entendemos para hacer bien, entonces se realizarán las palabras del profeta: el sol y la luna marcharán acordes; lo que es torcido será enderezado, y lo que es áspero se suavizará,, (2).

Parecía ya realizarle la unidad cristiana por el papa y el emperador; pero esta unidad estaba viciada por contradicciones fatales que hacian imposible su realizacion. Nunca fué tan evidente la impotencia del pontificado como cuando parecia haber alcanzado el colmo de su poder. Oton recibió la corona en 1209, y ya en 1210 le excomulgó Inocencio y le depuso. La union del papa y el emperador no habia durado un día; sin embargo, el emperador lo debía todo al papa. Oton confesaba que sin Inocencio no seria más que polvo y ceniza (3); pero los principios y las exigencias de las posiciones tienen más fuerza que los lazos del reconocimiento: el emperador no podía ser vasallo del papa; Oton escribió á Inocencio que no trataba de negar su poder espiritual, y quería que este poder permaneciera íntegro y aun se extendiese bajo la égida de la autoridad imperial; pero recordó al

(1) *Chron. Ursperg.*, p. 310: "Inducitur Papa ut velit permittere, quatenus regnet Philippus."—Acerca de las negociaciones entre Inocencio III y Felipe, véase CHARRIER, *Historia de la lucha de los papas y de los emperadores de la casa de Suabia*, tomo II, p. 120 y siguientes.(2) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii, Epist. CLXXIX.*(3) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii, Epist. CVI:* "Cum in cinerem et favillam negotium nostrum redactum fuisset, si manus vestra vel auctoritas beati Petri in partem nostram non declinasset."

papa que el emperador tiene pleno poder sobre lo temporal, y que no correspondía a la santa sede decidir sobre él (1): "Ejerce libremente la plenitud del poder espiritual; pero también es nuestra firme voluntad resolver todos los asuntos temporales por nuestra autoridad imperial" (2). Hay siempre frente a frente dos pretensiones inconciliables. Si el papa tiene la omnipotencia espiritual, ¿cómo no ha de tener acción sobre lo temporal? Si el emperador puede gobernar el mundo sin preocuparse del pontificado, ¿qué es de la silla de San Pedro? Inocencio quedó profundamente afectado de una decepción que echaba por tierra todas sus esperanzas; la ingratitude de Oton le indignó, y se echó en cara haber forjado por sí mismo la espada que le hería. El papa no halló consuelo más que en estas palabras del Creador: *Siento haber creado al hombre* (3).

¿Vió Inocencio lo imposible de sus pretensiones? Protestó de no haber intentado usurpar el derecho de los príncipes; rechazó como calumniosa la censura de querer arruinar el imperio alimentando la anarquía que le desgarraba: "Si he intervenido en favor de Oton y contra Felipe, dice, es en interés de los príncipes, para garantizar el derecho que tienen de elegir su jefe; la elección de Felipe de Suabia hubiera hecho hereditaria la corona en la familia de los Hohenstaufen, con gran perjuicio de la libertad germánica" (4). Un sabio historiador ha tomado al pie de la letra esta justificación: Hurter atribuye al pontificado la cultura intelectual tan variada y rica que distingue al pueblo alemán, mientras que, bajo una monarquía hereditaria, hubiera formado un cuerpo poderoso en apariencia, pero sin vida real (5). No podemos participar de esta apreciación, excesivamente ciega, de la política pontificia. El interés personal se manifiesta en toda la conducta de Inocencio: si separa a los Hohenstaufen del trono de Alemania, es porque el poder de aquella terrible familia compromete la existencia del pontificado; si quiere que el

(1) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii, Epist. CVI*: "In temporalibus plenam habemus potestatem, de quibus vobis non convenit iudicare."

(2) Véanse las cartas de Oton en HARN, *Collect. Monumentorum veterum*, t. I, p. 209.

(3) INNOCENT., *Epist. XIII*, 210.

(4) "Nos qui non ad destructionem Imperii, sicut quidam pestilentes hominis mentiuntur, intendimus, sed ad conservationem et provisionem ipsius potius aspiramus." (INNOCENT., *Epistola II*, 293, 294. C. *Registr. de negot. Imperii, Epist. XV*.)

(5) HURTER, *Innocent. III*, t. I, p. 146 y sig. (de la trad.).

imperio sea electivo, es porque una monarquía hereditaria en Alemania, de cualquier familia que fuese, hubiera sido peligrosa para los papas. Debilitar a Alemania dividiéndola, hacer del imperio un instrumento en manos de San Pedro, tal era la política necesaria de Inocencio; sin embargo, no dió resultado más que a medias; quedó, en efecto, dividida Alemania y débil el imperio; pero la dominación que los papas trataban de alcanzar desde Gregorio VII se les escapó en el momento en que iban a conseguirla.

En la lucha de diez años que desgarró a Alemania, el pontificado está en una debilidad que admira. Inocencio, "aquel hombre bajo el cual fué tan formidable la santa sede" (1), es abandonado hasta por los obispos; sus armas espirituales llegan a ser hasta impotentes; su protegido es desamparado de todos, y es preciso que la muerte venga en apoyo de su pontificado. Oton es coronado entonces, y vuelve contra el papa la espada que de él había recibido; para humillar a Oton, se ve obligado Inocencio a realzar al enemigo mortal de la Iglesia, Federico II, a quien él mismo había hecho excluir del trono de Alemania, con lo cual prepara a sus sucesores una lucha terrible en que perecerán el imperio y el pontificado. Hé aquí adónde conduce la monarquía pontificia; toda falsa concepción lleva en sí misma el principio de su ruina.

§ IV.—Influencia política y moral de Inocencio.

El papado reivindica la soberanía espiritual, que impulsa fatalmente a usurpar el poder temporal; pero ¿qué fin persiguen los papas? ¿Qué misión se atribuyen en medio del mundo feudal? Los enemigos del catolicismo dan una respuesta pronta a esta pregunta: el fin supremo de los papas era el engrandecimiento de su poder y la dominación universal; es cierto que la personalidad juega un gran papel en las cosas humanas; el mismo Dios lo ha querido así, porque el hombre necesita un principio de acción y no puede hallarlo más que en su individualidad. Si la ambición es un elemento indispensable de la vida, ¿por qué censurarla en los papas? Se les imputa como crimen, a causa de la hipocresía con que la ocultan, no pudiendo con-

(1) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. I.

así veremos a Inocencio fracasar en las luchas políticas, al paso que triunfa en las morales.

N.º 1.—*Inocencio y la libertad inglesa.*

Los motivos que indujeron a Inocencio a intervenir en los asuntos de Inglaterra son puros y legítimos, no por interés de su dominación, sino por proteger la Iglesia contra la tiranía de un rey que figura entre los príncipes más miserables. Juan Sin Tierra llevaba al gobierno eclesiástico aquella violencia desordenada, aquellas innobles pasiones que hicieron de su reinado el reinado de la anarquía y la fuerza bruta. Tan pronto impedía las elecciones, a fin de apoderarse de las rentas de los obispados, como obligaba a los cabildos a nombrar hombres de su gusto, siempre por una razón de avaricia (1). Una elección muy disputada, la del arzobispo de Cantorbery, fué ocasión de una larga lucha entre la santa sede y el rey de Inglaterra. Importa poco que la intervención de Gregorio no haya sido muy regular (2); el papa no podía dejar a la Iglesia anglicana a merced de un tirano tan cruel como avaro. La resistencia de Juan Sin Tierra obligó a Inocencio a poner en entredicho a Inglaterra; pero el rey, irreligioso sin ser incrédulo, no se preocupó con la suspensión de las ceremonias católicas; fué esto una buena fortuna para el rey, que puso bajo la vigilancia de los oficiales los obispados, las abadías y los prioratos, confiscándoles sus rentas. El clero fué entregado a las burlas de los hombres de armas. Habiendo un bandido robado y muerto a un sacerdote en un camino, se consultó al rey lo que se haría con el malhechor. Juan respondió: "Supuesto que me ha librado de uno de mis enemigos, que se le deje libre" (3). Esta persecución "furiosa é incesante", duró dos años. Entonces Inocencio excomulgó al rey y absolvió a sus súbditos del juramento de fidelidad, y por fin declaró a Juan excluido del trono, dando después la corona al rey de Francia y encargando a Felipe Augusto la ejecución de la sentencia; Inocencio comprometió a todos los señores de la cristiandad a tomar la cruz para vengar la injuria de la Igle-

Jamas se ha atribuido un poder misión más alta; los papas no han podido concebirla sino porque se creían vicarios del Hijo de Dios, y en realidad no eran más que hombres; ahora bien, no es un hombre, sino la humanidad entera el órgano de Dios; y ella sola podrá realizar el ideal concebido por los papas, el reino de la caridad y de la justicia; por mejor decir, este es el objeto final de sus esfuerzos al cual deben tender, pero que no alcanzarán jamás. El papado no tenía las condiciones necesarias para conducir al género humano hacia el término de su destino. En efecto, el ideal de la justicia implica la libertad; ¿podían los papas favorecer la libertad, ellos, cuya influencia descansaba en la autoridad más absoluta? El ideal de la caridad implica la paz. ¿Podían los papas, con sus armas espirituales, imponer la concordia a las pasiones violentas que agitaban el mundo feudal? El pontificado, poder esencialmente religioso, no estaba llamado a influir más que sobre las almas; tenía por misión la educación moral de los pueblos;

(1) INNOCENT., *Epist. I*, 410.

(1) INNOCENT., *Epist. v*, 160.

(2) PLANK (*Geschichte der christlichen Gesellschaftsverfassung*, tomo IV, p. 488) dice que la intervención de Inocencio era una insolencia sin ejemplo.

(3) MATTHEUS PARIS, *Chronica*, ad a. 1208, p. 190 (edición de Londres de 1684).